

lante su nombre. Thiers y sus amigos, desde el día 28, iban buscándolo y propagando su nombre. Fué Laffitte, quien hasta se atrevió á hablar de Luís Felipe á Marmont cuando la entrevista de éste con los diputados, y quien más hacía para llamar la atención sobre su candidato; pero el mismo Laffitte, el 29, tuvo que decirle al prudente duque que había llegado ya la hora de decidirse y escoger entre una corona ó un pasaporte. El duque, sin embargo, no se dejó convencer, y Laffitte, de acuerdo con Thiers y sus amigos, convinieron que al día siguiente tuera Thiers á Neuilly para decidirle á que se presentara en París. Marchó Thiers, pero el prudentísimo Orleans, creyendo que las visitas de sus amigos pudieran comprometerle, se marchó de su residencia, yendo á esconderse en una casa de Villiers.

Mientras Thiers iba tras él para verle en su escondrijo, los diputados se habían reunido por la mañana; y, desde luego, hubo de notar Laffitte que la corriente era irresistible en favor de Carlos X, en vista del nombramiento del nuevo ministerio; tanto, que él mismo tuvo que ceder por no soltar de nuevo la candidatura de Orleans; pero contra estos diputados, que tan miedosos se habían portado hasta aquí, estaban los partidarios del duque á pesar suyo: los Thiers, que se comprometieron resueltamente por él.

Thiers había mandado aquel mismo día fijar en las esquinas una alocución al pueblo, en la cual insistía en la imposibilidad de que pudiera continuar Carlos X, y los peligros que ofrecería la proclamación de la República, dada la situación política de Europa, sosteniendo y proclamando resueltamente la candidatura del duque de Orleans. Como Thiers sabía muy bien lo que puede la audacia en ocasiones tales, para enardecer al pueblo, añadía, que Carlos X había declarado al duque fuera de la ley, y que el duque de Chartres, hijo de Luís Felipe, corría en auxilio de París al frente de un regimiento; todo esto era mentira.

Si Luís Felipe hubiese estado en contacto con sus ardientes partidarios, con los Berard, Laffitte y Thiers, no se viera en la mañana de este día á los diputados vacilar, y sólo sentir la fe nueva al resonar el grito popular de «¡abajo los borbones!» A las once y media iba á decidirse en el Cuerpo legislativo la cuestión, como hemos dicho, y á esta hora no se sabía por dónde andaba Luís Felipe, á cuyo encuentro había igualmente salido su abogado consultor, Dupin.

Dupin salió con Persil para Neuilly á donde llegó antes que Thiers, pero Dupin no podía sacar nada

ni de la esposa de Luís Felipe ni de la hermana de éste. La primera no se cansaba de decir que su marido era un hombre honrado. En este intermedio fué cuando llegó Thiers acompañado de Ary Scheffer, montados en caballos que les había prestado el príncipe de la Moskowa, yerno de Laffitte. Toda la elocuencia de Thiers se estrelló ante los recelos de la amante esposa y las desconfianzas de su hermana, que no quisieron en modo alguno que vieran al duque. Pero al fin la princesa Adelaida, sintió bullir la ambiciosa sangre de los Orleans, y le dijo á Thiers que fuera á París y llevara la aceptación de su hermano, que ella le aseguraba que obtendría, diciéndole que si era necesario, que ella misma se presentaría antes que su hermano en París, si Laffitte ó el general Sebastiani iban á buscarla.

Con estas promesas regresó Thiers á París, mientras las mujeres enviaban á Luís Felipe en su escondrijo á su secretario Oudart, para enterarle de lo que ocurría.

Durante la lucha habían sido los republicanos los que la habían dirigido, mostrando un ardor é inteligencia notables. Después de la victoria esos hombres se veían excluidos de todo lo que se tramaba por los diputados en favor de Luís Felipe, contra cuyo advenimiento sentíanse tan resueltos como contra una nueva restauración de los borbones.

Resolvieron, pues, los más ardientes, oponer á las reuniones de casa Laffitte, las de la *Sociedad de los amigos del pueblo*, cuyos jefes eran Bastide, Hubert, Trejat, Guinard, Boisvilliers, Pedro Leroux, etcétera, sociedad ó club que tenía por objeto el contrariar resueltamente la «intriga» orleanista. A esta sociedad que celebraba sus sesiones en la cervecería Lointier, fueron Beranger y Chevalier para convencerles de la imposibilidad de la República, no sacando sino el sentirse llamar traidores á la causa del pueblo, pues la cuestión, de momento, no se presentaba más que como un cambio de personas, y no como un cambio de política. La Carta con Luís Felipe, no valía más, á sus ojos, que la Carta con los borbones. Pero no hay que figurarnos en estos republicanos á los radicales de 1793.

Los republicanos de 1830 no veían claro. Su republicanismo y la pura monarquía constitucional casi se confundían; á lo menos ésta se confundía de lleno con su concepto de la democracia, y esto se vio claro en su magna resolución de dirigirse á la comision municipal constituída por el pueblo, pidiéndole que permaneciera en su sitio hasta que la nación libremente consultada respondiera, instándola á que proclamara la declaración de derechos y

de principios de la Cámara de los Cien días, de 5 de Julio de 1815. De modo que todo su radicalismo no iba más allá de lo que fueron los liberales de 1815. Desde este momento el partido republicano había perdido la partida, porque la monarquía no había de negarse á aceptar el programa que se le ofrecía.

Como además el partido republicano no tenía un hombre que oponer á hombres tan autorizados en el mundo de los negocios como Dupin y Laffitte, ni un militar tan querido como Sebastiani y Gerad, ni habían en la oposición crecido hombres tan elocuentes y populares contra los borbones, como Berard y Beranger, ni formado un periodista del temple de Thiers; el partido republicano carecía de jefes de talla para imponerse, pues, aún cuando pasaba el hombre más popular de aquellos días, Lafayette, por ser su hombre, todo el mundo sabía que las convicciones republicanas de Lafayette distaban mucho de ser intratables, pues éste en 1790, como en 1830, no veía tampoco muy claro entre la república constitucional y la monarquía constitucional; así, cuando Hubert puso en sus manos las resoluciones de la *Sociedad de los amigos del pueblo*, junto con la proposición que le hacían los republicanos de que se apoderase de la dictadura, Lafayette les contestó que era necesario que calmaran su ardor y no fueran tan aprisa. Lafayette había ofrecido ya á Remusat, al esposo de su nieta, que no se opondría á la proclamación del duque de Orleans.

¿Tenemos que censurar á Lafayette por esta resolución?

Ya hemos visto en el curso de toda su vida, que en Lafayette, el liberal se encontraba siempre; el republicano no aparecía sino cuando se veía en él al amigo y compañero de Washington, ó cuando él se conocía tal. No hubo, pues, por parte de Lafayette, ni decepción, ni traición. Todos los liberales contaban con él, y él estaba con todos los liberales; pero fuera de este sentido liberal y de su irreconciliable odio por los borbones, no se veía en él nada que pudiera hacer ilusión á los republicanos, á no ser su liberalismo un tanto más acentuado que el de los liberales de su época. Lafayette, con treinta años menos en 1830, tal vez se hubiera decidido, tal vez se hubiera declarado por la restauración de la República; pero en aquellos momentos, no podía cargar sobre sus hombros la grave responsabilidad de desafiar las monarquías absolutistas de Europa: eran demasiado débiles para llevarla á los campos de batalla de Jemmapes y Valmy.

Tanta irresolución había, naturalmente, de encar-

narse en los pares que, por su situación especial, habían de ser los menos influyentes en la revolución, sin embargo, no se puede negar, que la Cámara de los pares era popular, y nada lo prueba tanto como la ovación popular que se hizo al mismo Chateaubriand, al dirigirse al Luxemburg, llamado como sus demás colegas presentes en París, por Semonville.

Había Semonville convocado á sus colegas, para determinar sobre lo que ellos podían hacer para asegurar la tranquilidad pública; pero diciéndoles por adelantado, que, en su concepto, como corporación, nada podían hacer hasta el momento de su reunión legal, el 3 de Agosto.

Chateaubriand, orgulloso con su ovación, quiso á todo trance forzar á los pares á una resolución más viril, diciendo que lo que habían de hacer los pares era presentarse al pueblo como á defensores de la libertad de la prensa, diciéndoles que delante de este interés poco importaba la legitimidad y el trono: que él se comprometía á restablecer, caso que cayeran una y otra cosa, si se le daba una pluma y la libertad de la prensa. Los pares no se sentían dispuestos á echar al agua á la legitimidad, sino todo lo contrario; pero cuando el duque de Broglie les aseguró que si llegaban siquiera á pronunciar el nombre de Carlos X, serían todos degollados, y que el pueblo destruiría el Luxemburg como cuarenta años antes había destruido la Bastilla, se enfriaron los ánimos y dejaron que la revolución siguiera su camino.

Sin embargo, como Mortemart había acudido al Luxemburg, al salir de la casa de Berard, pues no pudo resolverse á presentarse en las Casas Consistoriales, que era en donde estaba su puesto, porque Carlos X tuvo la mala mano de escoger para aquellas difíciles circunstancias, un hombre leal y decidido sí, pero incapaz de provocar las grandes resoluciones y de afrontar las grandes pasiones de las muchedumbres, ahora Mortemart, iba á buscar apoyo en donde nadie podía prestárselo.

Mas, los legitimistas, vieron con su venida y presencia, una ocasión para influir en el movimiento y decidieron á Mortemart que continuase en el Luxemburg y fijase en él su gobierno, instándole á que lo desplegara de la manera más solemne y aparatosa posible. Pero ¿cómo había de conseguir una y otra cosa, si principiaba por no poder disponer del diario oficial siquiera para anunciar que el rey había levantado el estado de sitio; si, como se lo hizo saber Sauvo, el pueblo vigilaba la imprenta y el diario para que no se pudiera publicar decreto ni resolu-

ción alguna de Carlos X? Claro está que tampoco podía acudir Mortemart á las imprentas y diarios liberales, porque no le hubieran servido, y ya hemos dicho que el pueblo había inutilizado las prensas de los diarios realistas, de modo, que Mortemart, no tenía órgano alguno y casi medio alguno de publicidad, cuanto tanto le convenía poder hablar instantáneamente con toda la revolución.

Luego, sabiendo Mortemart que los diputados se habían citado para el Cuerpo legislativo á las once y media de la mañana, su gobierno solemne y aparatoso había de acudir allí y ver de influir con su presencia, su autoridad moral, su prestigio personal,

sus relaciones particulares, pues Mortemart era pariente de Lafayette, y qué hace este gobierno? elegir á una persona que no podía por ningún título suplir la falta del gobierno, al conde Collin de Sussy para que fuera á llevar al cuerpo legislativo la revocación de las ordenanzas, y al municipio cartas para Gerard y Lafayette, para que acudieran al Luxemburg.

Cincuenta fueron los diputados que se reunieron bajo la presidencia de Laffitte, no habiéndose atrevido á hacerlo de la antigua derecha, más que Hyde de Neuville. Berard participó la presencia en París de Mortemart, y naturalmente, anunció su venida á



PRINCESA ADELAIDA

la Cámara, porque nadie podía presumir que no fuera este el intento y propósito de Mortemart, así se abrió discusión sobre si se debía recibirle ó no. Acordóse, después de una discusión confusa, que revelaba las preocupaciones de que estaban poseídos los diputados, recibir al duque, é interin se presentaba reservaron igualmente la cuestión del nombramiento de personas ó de cuasi ministros como se les llamó, para que se encargasen de los servicios públicos que no podían quedar en descubierto. En este estado de febril ansiedad é indecisión se encontraban los diputados, cuando se presentó Thiers con la promesa de la princesa Adelaide. Esto reanimó á todos; sin embargo, Broglie, que también había acudido á la Cámara, la ponía en guardia sobre la inconveniencia de proclamar un rey, cuando todo París estaba en armas, argumento que hizo un grande efecto; pero Remusat encontró la salida, y fué proponer que se nombrase al duque de Orleans tan solo lugarteniente del reino. Adoptada la proposición, se discutieron luego los términos del decreto, que

se pesaban uno á uno para que continuara abierta á los diputados la escapada, caso que la revolución saliese mal; é Hyde de Neuville, acabó todavía por hacer más pueril el acuerdo de la Cámara, proponiendo que se invitase á los pares á tomar parte en las resoluciones de los diputados, nombrándose á seguida la comisión de diputados que fueran á invitarles, eligiéndose al efecto, á los hombres más moderados, Perier, Sebastiani, Guizot, Delassert é Hyde de Neuville.

Había ya salido esta comisión para el Luxemburg, cuando se presentó el conde de Sussy ante los diputados con los decretos de la revocación de las ordenanzas, que habían tardado nada menos que quince horas en comunicarse. Laffitte se negó á recibirlos, diciendo que esto era de la competencia de la comisión municipal.

Sussy no tuvo más remedio que resignarse ante aquella negativa y se dirigió á las Casas Consistoriales.

Inquietos estaban los diputados, no pudiendo

prever el efecto que podría causar la presencia de Mortemart en París, cuando Odilon Barrot corrió á ellos para enterarles del discurso que Lafayette había pronunciado al recibir á los delegados de la reunión Lointier.

Lafayette les había dicho, según Barrot, que la revolución de 1830 no se había hecho en favor de persona alguna, sino de la nación. Que ahora no se podía renovar el caso de 1814. Que no se trataba de un rey que daba una Constitución al pueblo, sino

de la nación dispuesta ante todo á consagrar y salvar el principio de la soberanía nacional. «Este lenguaje francamente revolucionario, envalentonó á los diputados que resolvieron ya dar por destronado á Carlos X; así, volviendo sobre lo hecho, enviaron orden á la comisión que había salido para el Luxemburg para que regresara inmediatamente á la Cámara.

La comisión había presentado á los pares la resolución tomada por los diputados, y á la vez, la invita-



EL DUQUE DE ORLEANS

ción que les hacían para que se juntaran con ellos. Mortemart naturalmente se opuso á todo, y los pares que no estaban al corriente de la marcha de los asuntos se dejaron imponer por el duque, no sin demostrar sus simpatías por la resolución tomada por la Cámara, que es lo que la comisión le hizo entender al regresar.

Ibase ya á resolver la cuestión y á invitar al duque de Orleans para que se presentase en París, cuando Cazelles promueve la cuestión de las garantías que hay que pedirle al duque, cuestión que resuelve Benjamin Constant, proponiendo que se reserve á la Cámara «el derecho de fijar las garantías constitucionales que se juzguen necesarias.»

Entonces llegó el momento de redactar el mensaje de los diputados al duque, renovándose de nuevo los temores de los diputados, que principiaron por

desechar la redacción de Berard, adaptándose la que presentaron Constant y Sebastiani, de la cual, es decir, después del triunfo, nadie quería ya no la paternidad, sino el hecho de haberle dado su asentimiento ó adhesión, y esto que después de muchas vacilaciones acabaron por firmarle cuarenta y tres diputados. Siete diputados y entre ellos Villemain se escurrieron por no hacerlo, y aún así, fué necesario sacar á la suerte,—seis de la tarde,—los nombres de los doce diputados que habían de pasar al Palais Royal á notificar al duque de Orleans los acuerdos tomados por los diputados de París.

Cuando el conde de Sussy llegó á las Casas Consistoriales, Lafayette estaba todavía rodeado de los delegados de la reunión Lointier. El conde quiso hablar reservadamente con el general, pero éste se opuso diciéndole: que todos los que allí veía eran

sus amigos. Dióle en consecuencia el conde los decretos relativos á la derogación de las ordenanzas que Lafayette se puso á leer en alta voz, promoviendo una tempestad de protestas por parte de los presentes.—«¿Quién se atreve á venir aquí á significar la voluntad de los borbones?» decía uno; «¡Abajo los borbones!» gritaban otros; «¡Al agua sus enviados!» añadían algunos; de modo, que Lafayette no tuvo más que decirle á Sussy que llevase á Mortemart por respuesta la que el pueblo acababa de darle.

Quiso entonces Sussy sacar de Lafayette á lo menos recibo de la comunicación que había hecho, pero Lafayette que tan resuelto parecía, no iba más allá que el resto de sus colegas y se negaba, así fué preciso convencerle del desaire y perjuicio que causaba á su pariente al de Mortemart, para que se resolviera á dársela, pero tan amortiguada y diplomática, que á las claras se veía que el general no estaba aún muy convencido de que podía llegar á puerto la nave en que se había embarcado.

Por la noche, los pares visto el fracaso de Mortemart cobraron ánimo y se resolvieron por lo acordado por los diputados, quienes no pudieron obtener de Lafayette, ni de Manguin, que se adhirieran y publicaran su acuerdo, que á uno y otro pareció cobarde é indigno de las circunstancias. Hé aquí la obra de Constant y Sebastiani:

«La reunión de los diputados que en la actualidad se encuentran en París, ha pensado que urgía rogar á S. A. R., á monseñor duque de Orleans, que se presentara en la capital, para ejercer las funciones de lugarteniente del reino, expresándole el deseo de conservar los colores nacionales. Además, ha sentido la necesidad de ocuparse sin pérdida de tiempo en asegurar á Francia para la próxima sesión de las cámaras, todas las garantías indispensables para la plena y entera ejecución de la Carta.»

Cuando Odilon Barrot regresó al lado de Laffitte para participarle la negativa de Lafayette, Laffitte reconoció la razón que le asistía al general, dando su palabra de honor, de obtener del duque de Orleans el documento en cuestión para destruirlo.

Los doce, como ya es de suponer, no encontraron al duque de Orleans en su casa del Palais Royal, por cuyo motivo le escribieron una carta que firmaron todos y redactó Sebastiani, rogándole que se presentase en París, carta que fué á llevarle un criado de la casa, que de esta desairada manera recibió Luís Felipe por su extrema prudencia la invitación de Francia de subir al trono. La contesta-

ción había de llevarse á casa de Laffitte, y en efecto, ya entrada la noche, Laffitte recibió la respuesta en la cual se le decía que Luís Felipe estaría por la mañana siguiente en París. «¿Cómo mañana?» exclamó el enérgico y atrevido banquero, «es preciso que sea esta misma noche;» y el mensajero del duque partió con esta respuesta.

Entonces fué de ver el disgusto y el espanto de los diputados presentes en aquella hora en casa de Laffitte. Todos se consideraban perdidos, porque todos desconfiaron de la resolución del duque. Al disolverse la reunión, Laffitte le dijo á Constant:—«Y bien, ¿qué será de nosotros mañana?»—«Mañana,—díjole el gran publicista,—mañana todos seremos ahorcados.»

Cuando se conocen esos detalles, que nos revelan hasta dónde llegó la indecisión y la incertidumbre de los que habían de dirigir la revolución de 1830, se ve claro que si Carlos X hubiese tenido un arranque de hombre valeroso y enérgico, ó siquiera la buena mano de elegir un hombre de más empuje y energía que Mortemart, se hubiera mantenido en el trono después de dar una satisfacción completa á la Revolución; pero ni siquiera Mortemart encontró ocasión para hacer público que el rey nombraba general en jefe de la Guardia nacional á Lafayette, permaneciendo también con esto fiel á las antipatías de su soberano.

Las diez de la noche eran cuando Luís Felipe recibió la respuesta de Laffitte, y es seguro que si al mismo tiempo no hubiese recibido una carta de Talleyrand invitándole á aceptar la corona, no se decide á entrar en París aquella noche; haciéndolo en compañía de su secretario Oudard, de su ayudante el coronel Berthais, y del coronel Haymes, en traje de paisano y á pié todos, para no llamar la atención, lo que consiguieron, pues nadie les conoció en el trayecto de Neuilly al Palais-Royal.

A la misma hora en que Luís Felipe,—doce de la noche,—entraba en París para subir al trono, salía de Saint-Cloud Carlos X para el destierro.

Fué la incapacidad del duque de Angulema quien decidió el abandono de Saint-Cloud. Marmont, durante todo el día estuvo encargando á todos la mayor energía, y no cesó de suplicar al rey que se retirase detrás de la Loire, que llamase á su lado la gente de los campos de Saint-Omer y de Luneville, á Bourmont, con algunos batallones y los tesoros de la ciudadela de Argel; pero Carlos X, dominado por su hijo, no pensaba más que en reconquistar á París con un puñado de gente vencida y desmoralizada, no solo por la derrota, sino por todas las seduccio-

nes, que tan fáciles eran de ejercer por los padres y amigos de los soldados. Así la deserción se fué acentuando hasta el extremo de desaparecer de una vez casi por entero el 50 de línea.

Marmont, desesperado y viendo que nada se hacía para conjurar este estado de cosas, tomó sobre sí la responsabilidad de retener á sus tropas en el cumplimiento de su deber, y les dirigió una orden del día, que no pudo hacer firmar por el duque de Angulema, porque no pudo dar con el Delfín en parte alguna. En esta orden del día hizo saber á las tropas que se habían retirado las ordenanzas, y que Mortemart estaba encargado de formar gobierno; de modo, que el papel de las tropas quedaba reducido ahora á velar por la seguridad de los reyes.

Mientras esto hacía Marmont, el Delfín lanzaba á las tropas una proclama diciéndoles que Francia y Europa todo lo esperaban de ellos. Júzguese, pues, del enojo del Delfín al saber lo hecho por Marmont, que había equivalido á denunciar la derrota del rey. Lleno de cólera le llamó á su estancia, le increpó duramente, quiso hacerse justicia por su mano, y al arrancarle á Marmont su espada se hirió, acabando por mandarle arrestado, no sin haberle echado en cara que, de la misma manera que había vendido á los bonapartes, les quería ahora vender á ellos.

Cuando esto supo Carlos X procuró reconciliar al ofendido mariscal con su intemperante hijo; pero ya se comprende qué profunda herida había abierto á la resistencia este accidente. En efecto, la indisciplina se fué haciendo cada vez mayor, hasta el punto de que, al anochecer, ya no se sabía cómo retener al lado del rey las tropas necesarias á su seguridad; así se vió á ese firme duque de Angulema perder toda su serenidad á media noche, al anunciarle que un grupo de mil quinientos á mil ochocientos hombres se disponía á atacar el palacio. Esto bastó para que la corte ó lo que de ella quedaba abandonara el palacio á la una de la madrugada y se fuera á refugiarse en el Trianon.

A esta misma hora Luís Felipe llamaba al Palais-Royal al duque de Mortemart, «en interés de la causa del rey,» y á la vez participaba su llegada á la capital y llamaba á su casa á Laffitte y Lafayette.

Lo que trataron Luís Felipe y Mortemart no es posible saberse, si nos atenemos á lo que han contado legitimistas y orleanistas; pero no hay duda que, basta observar lo que hubo de irregular en la conducta del duque, para dar la preferencia á la relación realista; porque, ¿con qué derecho llamaba Luís Felipe á Mortemart á espaldas de los jefes del movimiento insurreccional? ¿No era natural que este

paso, caso que se creyera necesario, lo diera Luís Felipe previo concierto con los dichos Laffitte y Lafayette, ya que quisiera prescindir de la autorización de los diputados y del consejo municipal? Esta irregularidad nos obliga á considerar exacto lo que se cuenta de haber declarado Luís Felipe á Mortemart que dijera al rey, caso de verle antes que él, que le habían traído por fuerza á París. Lo que no creemos es que Luís Felipe dijera que primero se dejaría hacer pedazos que no se dejaría poner la corona en la cabeza, porque este no es el modo de proceder ni de hablar de los orleanes. Lo que también creemos es que Luís Felipe preguntó á Mortemart si sus poderes iban hasta reconocerle como lugarteniente del reino, y si podía encargarse de pasar al rey un billete suyo dándole parte de su entrevista; y todo esto creemos, porque está en carácter. Lo primero, porque, de haber dicho el duque que sí, se hubieran desvanecido todos sus temores y aprensiones; lo segundo, porque se reservaba una retirada en caso de la desgracia de caer la Revolución, y nada prueba esto tanto como el haber declarado á su salida Mortemart la gran corrección del duque, diciendo «que sus sentimientos habían sido los de un buen borbónico.»

Tal como se nos acaba de revelar, Luís Felipe en estos momentos críticos para él y su partido, tal se nos revelará en el resto de su carrera real.

Ahora que el duque de Orleans llegara hasta el punto de escribir á Carlos X una carta de excusas, como la que publicó Vaulabelle, no lo creemos, porque el duque se nos revela demasiado diplomático, para haber podido dejar en manos de sus enemigos un documento de tal naturaleza. Pruébalo también el que Luís Felipe salió de su reserva, tan pronto supo que Carlos X había abandonado á Saint-Cloud. Al saberlo hizo llamar á su íntimo Dupin y le dictó la proclama que iba á dirigir al pueblo,—seis de la mañana del sábado 31 de Julio,—y aún no se había secado la tinta de la misma, cuando Sebastiani se presentó al frente de la Comisión de los doce,—ocho y media de la mañana,—comisión que fué recibida con la mayor cordialidad, y á la cual aseguró el duque que al recibir su mensaje, no había vacilado en acudir á su lado para compartir con ella los peligros de la situación, lo que sabemos era falso. Reservándose sobre el fondo de la cuestión, para poder decir, no que había accedido á los deseos de los diputados, sino que éstos le habían obligado.

Berard hubo de comprender lo que deseaba Luís Felipe y le tendió el puente para que pasara, decla-